

LA JUVENTUD LITERARIA

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

AÑO XI.

DIRECTOR PROPIETARIO:

Ramón Blanco Rojo.

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

En Murcia y Lorca, 50 cts. al mes. Fuera, 2 pts. trimestre.
Número suelto 10 cts. Redacción: Victorio 53.

COLABORADORES:

Todos los suscritores.

NÚM. 502.

MURCIA 3 DE DICIEMBRE DE 1899

La Juventud Literaria

LA EDUCACION DE LOS HIJOS

De todas las obras que el hombre puede realizar en la tierra, una de las más grandes, de las más santas, es el educar á los hijos.

Nada más hermoso que el espectáculo que ofrece una madre ó un padre que, teniendo entre sus rodillas ó en derredor suyo á los seres que le son más queridos, con atenta solicitud provee á iluminar su inteligencia, á prestarles el calor del sentimiento y á enderezar su conducta, teniendo presente lo mejor de su experiencia, lo más depurado de los afectos y las lecciones de su arrepentimiento.

Nada más grande que ese acto en que los padres, depositarios de la tradición de las pasadas generaciones, rica en conocimientos, embalsamada por los perfumes del amor humano, cosecha de habilidad, hacen entrega de tan preciado tesoro á la generación que viene á la vida, y de esa suerte unen á la herencia del espíritu del pueblo, cumpliendo, así el hecho que las religiones llamaron comunión de los vivos con los muertos.

Nada más santo que esa especie de oración interior que el padre pronuncia cuando se acerca á sus hijos deseando que su labor tenga por fruto la emancipación (que es libertad y es redención) de sus hijos. Y, observadlo bien: no digo ya cuando se es padre, aun antes de serlo, el hombre que es hombre, en los momentos en que siente ese eterno amor que se llama humanidad, cuanto más ignorante, cuanto más vicioso, tanto más desea para su hijo la inteligencia más clara, la vida más limpia de fal-

ta; y ese deseo de mejora de sus hijuelos, refleja á la par en mejora de sí propio, y así se muestra sabio y compasivo y puro de alma hasta donde puede. ¿Qué padre no quisiera saber cuando su hijo le interroga acerca de la verdad de las cosas? ¿Qué padre no es dulce y afable y cariñoso cuando habla al hijo? ¿Qué padre se atreverá á conversar en la misma forma, á ejecutar acciones (aunque no sean reprochables) de la misma suerte que lo hiciera entre iguales.

Por eso hace bueno educar á un niño; y el que de niños se rodea, con niños juega y habla, y como ellos ama, se hace santo, porque es ley de Naturaleza que el que emancipa se emancipa, y el que redime se redime.

Sea, pues, emancipar obra del que quiera emanciparse de los males del tiempo presente, conságrese á su mujer y á sus hijos, pues sin lograr la redención de los demás, no será emancipado, no será redimido del mal.

J. VERDES MONTENEGRO.



PARALELO

¿Quisiera, dulce bien, que me quisieras: quisiera que sufrieras mi tormento y el fuego amante que en el pecho siento sólo por un instante lo sintieras!

¡No tan esquiva y desdénosa fueras ni despreciaras mi amoroso acento, y este amargo y terrible sentimiento nunca al olvido, bella ingrata, dieras!

¡Lo que á gigante encina, debil caña: lo que el mustio lucero triste y frío al sol ardiente que los mundos baña: lo que la fuente al caudaloso río: lo que el grano de arena á la montaña es tu amor comparado con el mío!

JOSE JACKSON VEYAN



RETAZOS

EL TRAJE

“Aunque todo lo pierdas, haz por conservar la ropa. Mientras ésta te dure, te durará la consideración pública.”

Una verdad amarga, muy amarga encierran las frases anteriores.

Para la sociedad de hoy, para el siglo en que vivimos, sociedad y siglo positivistas en sumo grado, un solo dios impera, y son así mismo respetados los cortesanos de ese dios.

El lujo y la moda constituyen al presente la pesadilla del humano, que en su vana creencia, no halla consideración y respeto sino para el que más acicalado y mejor observador de detalles, se presenta ante los hombres.

“Honradez obliga”, era en otro tiempo un axioma observado al pié de la letra; hoy maldito si nadie se acuerda de él y menos lo pone en práctica.

Cubran ricas telas el cuerpo de quien no es acreedor á la estimación de las gentes; presentese con desenfado en sociedad, vestido á la última, y todos estrecharán su mano sin cuidarse de solicitar su ejecutoria.

Por el contrario, si la desgracia hiere á un hombre; si este hombre encierra en su alma tesoros de rectitud y pensamientos sanos; si con una honradez acrisolada y una conducta intachable no encuentra en el ambiente en que se agita, medios holgados de subsistencia, y prefiere las coderas en las mangas, la grasa en el filo del cuello del chaquet ó la levita, y las filachas en el pantalón antes de cometer un acto reprochable que lo conduzca á la vida desahogada del pudiente, para este hombre, repito, la sociedad solo guarda una mirada profundamente despreciativa y rehuye su contagio como el de un apestado.

Muy triste y dolorosa es esta

enseñanza, pero es verdadera y cierta.

Buena presencia en la indumentaria aunque al alma le corrompan las acusaciones de la conciencia; estas se acallan y ahogan aspirando el aroma de los perfumes, ó sintiendo el calor de las pieles como refrigerante del frío del corazón.

Hay que guardar el traje antes que el alma.

Pues á guardarlo, qué remedio.

Vamos arrollados por la fuerza de las modernas tendencias, que en su empuje destrozan añejas preocupaciones.

Este último tercio del siglo XIX es el imperio de la ropa, las pieles y los perfumes.

Acatemos los nuevos dioses, y rindámonos á su poder en apariencia, por seguir el ejemplo.

Que cada uno, sin embargo, puede pensar y obrar como mejor le acomode.

ZEREX.



LA VIDA

—(00)—

¿Por qué la vida nos parece tan bella? ¿qué placer nos ofrece mientras dura, si no hay edad ni condición en ella que dolor no se vuelva ni amargura?

Niños, un ademán nos intimida; juguetes somos, en la edad florida, de la fortuna y del amor insano; y al fin, cubiertos de cabello cano, abrumados gemimos al peso de los años que vivimos.

Ya el ansia de adquirir nos atormenta, ya el temor de perder nos pone susto. Lid continua y violenta entre sí tienen siempre los malvados, y perdurable lid también sustenta contra la envidia y la falacia el justo.

Fantasmas engendrados por loca fantasía, sueño, delirio son nuestros cuidados; y cuando al cabo con vergüenza un día se desengaña nuestra mente ciega, entonces es cuando la muerte llega.

JUAN E. HARTZENBUSCH.

